

# Sección internacional

---

## CERCANO Y MEDIO ORIENTE

---

### Una guerra contra la hegemonía regional de Irán y la Revolución islámica

*La situación general  
en el golfo Pérsico*

La disolución del imperio turco, que se produjo como consecuencia de la primera guerra mundial, no dio lugar a la formación de una nación única en los territorios imperiales habitados por los pueblos árabes. La mayor parte de dichas tierras se repartió entre Gran Bretaña y Francia, una vez desaparecido el temor de que el Imperio de los zares ejerciera su dominio sobre ellas. Muchos

países árabes de la región del Golfo Pérsico surgieron de antiguas colonias y protectorados y, por ese motivo, sus límites arbitrarios dan lugar al continuo planteamiento de problemas de nacionalidades y fronteras. En esos mismos territorios se establecieron, desde el decenio de los veinte, las grandes compañías petroleras occidentales que vincularon definitivamente la producción de crudo en la región al proceso de acumulación capitalista en los países industrializados. De esta manera, los problemas políticos y sociales de la región se combinan invariablemente con el origen contradictorio y arbitrario de las fronteras de los países allí implantados, con el viejo anhelo de independencia frente a las potencias occidentales —no siempre logrado, porque a la dominación política siguió la dependencia económica basada en el petróleo— y con las cuestiones raciales y religiosas no resueltas. Invariablemente, todos los movimientos relacionados con el nacionalismo y el socialismo árabes —este último con bases ideológicas y políticas que lo diferencian considerablemente del socialismo

occidental— reflejan también las diferencias religiosas y raciales.<sup>1</sup> Los estados del Golfo son musulmanes, y todos son árabes, menos Irán. Por su parte, el islamismo chiíta domina en Irán y en Bahrein, y reúne de 30 a 40 por ciento de la población de Iraq y Kuwait, mientras que en el resto hay amplia preponderancia sunita. Las rivalidades políticas envuelven permanentemente a Irán e Iraq, que son los países más importantes por su población y recursos económicos, y a Arabia Saudita, primer exportador de crudo del mundo y dueño de un enorme capital financiero. Dichos países compiten en el Golfo por satisfacer sus ambiciones de constituirse en potencias regionales, lo que —a su vez— puede facilitar sus aspiraciones de desarrollo económico y de influencia política. En la medida en que todas sus economías están ligadas al capitalismo mundial por intermedio del petróleo, la hegemonía regional los convertiría inmediatamente

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

1. Véase Juan María Alponente, "Como siempre, petróleo", en *Crítica Política*, México, 14 de octubre de 1980.

en “estados gendarmes” o subimperialismos regionales, encargados de velar por la seguridad de la zona, lo cual significa asegurar el aprovisionamiento de petróleo a los grandes países capitalistas, controlar los movimientos regionales de liberación e impedir una mayor influencia soviética en el Golfo. Los tres países antes mencionados son los únicos que pueden desempeñar ese papel; para ello necesitan vencer en la competencia con los otros candidatos o, eventualmente, aliarse a uno de ellos para desalojar al tercero. Hasta el advenimiento de la Revolución islámica dirigida por el ayatola Jomeini, a fines de 1978,<sup>2</sup> Irán era la potencia regional indiscutida, gracias a sus grandes compromisos militares y políticos con Estados Unidos. Iraq, con menor poderío económico y armado por la Unión Soviética, hacía descansar su influencia regional en su gravitación ideológica, continuadora de la que en algún momento ejerció Egipto por medio del nasserismo y de similar apoyo internacional. Arabia Saudita, en cambio, tiene el prestigio que le confiere ser la sede religiosa del islamismo.

Irán siempre estuvo estrechamente ligado a Estados Unidos después del golpe de la CIA que destituyó a Mossadegh, en 1953, y que devolvió el poder al Sha. Irán, con ayuda estadounidense se convirtió en un Estado fuerte, represivo y centralizado. A pesar de sus vínculos privilegiados con aquel país, el Sha se ocupó de mantener buenas relaciones con la Unión Soviética, para tratar de que ésta se mantuviera neutral en el conflicto de límites de hegemonía y de nacionalidades con Iraq. La neutralidad soviética era indispensable para asegurar que Irán pudiera ser la potencia intermedia del Golfo.

Irán, antes de la Revolución islámica, tuvo especial cuidado de salvaguardar su hegemonía en la región. En 1971 ocupó tres islas estratégicamente ubicadas en el estrecho de Ormuz, que estaban bajo la jurisdicción de Omán; en el mismo año intervino militarmente en Omán, con apoyo británico, para aplastar la rebelión de Dhofar, apoyada por Yemen del Sur. Asimismo, ejerció un protectorado de hecho sobre los Emiratos Arabes Unidos (EAU) y en 1975 logró imponer, en la

discusión de límites con Iraq, la división del estuario de Chatt el-Arab.

Después de la desastrosa experiencia de Vietnam, Estados Unidos deseaba abandonar el camino de las intervenciones directas para asegurar sus intereses lejos de sus fronteras. En el Golfo Pérsico, Irán fue —antes de la revolución de Jomeini— el país indicado para tomar a su cargo la defensa de tales intereses.<sup>3</sup> Sin embargo, eso no hizo de Irán un país satélite de Estados Unidos. Por el contrario, el Sha le había conferido a la política de su país un carácter relativamente independiente, para resguardar la capacidad de acumulación nacional de la economía iraní y consolidar su régimen político. Por ese motivo, a pesar de su alianza con Estados Unidos, Irán trató de hacerse del poder militar en la región prescindiendo de la presencia directa de una fuerza armada estadounidense. Sólo así se explica la posición iraní en la discusión de los precios del petróleo, su empeño en establecer acuerdos comerciales y de provisión de gas con la Unión Soviética y su papel expansivo y de seguridad regional en el Golfo. Hay que tener en cuenta que sin estabilidad y libre navegación en el Golfo y en el estrecho de Ormuz, la vulnerabilidad de Europa Occidental y de Japón se acrecienta enormemente por su dependencia del petróleo. Esta circunstancia no interesa sólo a Europa Occidental y Japón, sino especialmente a Estados Unidos, porque si este país no fuera capaz de garantizar la navegación en esa zona, se acrecentaría la influencia soviética sobre sus aliados. El deseo de Estados Unidos de cumplir esta misión por intermedio de un poder local, explica que el papel de gendarme regional fuera, para el Sha, la mejor manera de consolidar su régimen interno.

La Revolución islámica cambió completamente dicha relación de fuerzas. En principio, se resquebrajó el poder estatal centralizado, tanto por los conflictos sociales y políticos internos, como por las rebeliones regionales, que tuvieron una excepcional oportunidad para manifestarse, en función del debilitamiento del Estado central y de la disolución del ejército. Esta última circunstancia y la imposibilidad de que las fuerzas armadas contaran con refacciones militares, debi-

litó su posición regional y seguramente alentaron a Iraq a emprender el ajuste de cuentas que dio lugar al actual conflicto bélico.

La pérdida de la capacidad defensiva regional de Irán volvió a plantear el problema, para los países capitalistas desarrollados, de asegurarse el suministro de petróleo. Además, las naciones que rodean a Irán y los países árabes en general temen la exportación de la Revolución islámica y desean defenderse de ella. Esto condujo a que Estados Unidos tratara de retomar directamente el control regional, mientras los regímenes locales —amenazados por la Revolución islámica— experimentaron la necesidad de aproximarse a Estados Unidos, aunque no compartieran plenamente las aspiraciones y la política de este país en la región.

Estas circunstancias provocaron, en primer lugar, el reforzamiento de los vínculos entre Estados Unidos y Arabia Saudita, allanaron el camino para la concesión de bases militares a Estados Unidos en Omán y en Arabia Saudita, aproximaron a Jordania e Iraq y sirvieron para constituir un eje heterogéneo y contradictorio integrado por Arabia Saudita e Iraq. Tales hechos sirvieron a Estados Unidos para resarcirse del golpe que le significó la Revolución islámica en Irán.<sup>4</sup> El doble juego de la política estadounidense en el conflicto bélico indica que todavía no está clara cuál será la vía definitiva para poner en práctica dicha estrategia: si mediante un ajuste de cuentas de la burguesía iraní con Jomeini y la Revolución islámica, o por medio de un reforzamiento de los poderes regionales hostiles a Irán, lo que replantearía completamente la política de alianzas de Estados Unidos en la región.

#### *La situación en Irán*

En lo que atañe a Irán, hay que recordar que la revolución que derribó al Sha tuvo la inspiración de los religiosos chiítas, debido a que la represión de la monarquía había dejado sin posibilidades de tomar a su cargo dichas tareas a la izquierda y al frente nacional sucesor de Mossadegh. Tampoco la guerrilla (los mudjahidin —nacionalistas musul-

2. Véase “Irán. Terminan 2 500 años de monarquía”, en *Comercio Exterior*, vol. 29, números 4 y 5, México, abril y mayo de 1979.

3. Véase Naila Sabra, “Rivalità tra potenze locale e superpotenze”, en *Politica internazionale*, núm. 6, Roma, junio de 1980.

4. Véase B.M. Scarcia Amoretti, “Iran, una variabile impazzita”, en *Rinascita*, núm. 40, Roma, 10 de octubre de 1980.

manes progresistas— y los fedayín —marxistas-leninistas—) podía desempeñar un papel político de envergadura, debido a las bajas que sufrieron en la guerra civil y a la consiguiente falta de cuadros políticos.

Cuando Jomeini regresó a Teherán, en febrero de 1979, no se sabía qué podía pasar con el poder. A partir de ese momento se inició un período que en Occidente se identifica con un proceso de “anarquía”. Las minorías étnicas —los kurdos, en primer lugar— se lanzaron a reclamar sus derechos; la izquierda se empezó a diferenciar de los religiosos y a enfrentarse con ellos en muchos aspectos de la vida política y social; la burguesía pro-occidental trató de implantar un régimen parlamentario y una economía moderadamente liberal o social-demócrata; los musulmanes se dividieron en fracciones de centro, izquierda y derecha. Por su parte, el clero chiíta, aparentemente subordinado a Jomeini, no estaba menos dividido que el resto de la sociedad.

La etapa de la máxima anarquía fue la del gobierno de Mehdi Bazargán, que contaba con el apoyo de los sectores moderados y que era indiscutiblemente hostil a la implantación de las instituciones nacidas con la Revolución. Su mayor núcleo de apoyo era el Bazar, una burguesía moderadamente nacionalista que estaba en contra de las ocupaciones de tierras y de los consejos obreros, que trataba de normalizar las relaciones con Estados Unidos y que no quería asumir una posición abiertamente hostil a Egipto, a raíz de la firma de los acuerdos de paz entre este país e Israel.

En el momento en que la política de Bazargán parecía encaminada a consolidarse, los estudiantes islámicos, apoyados indirectamente por Jomeini, ocuparon la embajada de Estados Unidos en Teherán y tomaron los rehenes. Las relaciones con Estados Unidos llegaron al punto de máxima tensión y las aspiraciones del gobierno moderado se desplomaron. La conclusión natural fue la dimisión de Bazargán.

Después de la caída de aquél, el ejército fue depurado por la acción de los comités revolucionarios, que eliminaron a los adversarios del régimen islámico. El 25 de enero de 1980 fue elegido presidente Bani-Sadr, quien anunció la

disolución de los comités islámicos y las milicias. Sin embargo, su propuesta no pudo cumplirse y el poder siguió en manos del ayatola Jomeini. Bani-Sadr solicitó a éste la constitución de un gobierno hasta que se produjera la elección de un parlamento, con el objeto de escapar al control del Consejo de la Revolución, dirigido por el ayatola Behechti. Empero, Jomeini rechazó la propuesta y le encargó presidir las reuniones del Consejo, con lo que, en los hechos, quedó subordinado en gran medida a las decisiones de Behechti, jefe del Partido Republicano Islámico. Este partido obtuvo el control del Parlamento en las elecciones y como Behechti es, también, titular de la Corte Suprema de Justicia, el partido controla el poder legislativo y el judicial y también deberá dar su aval al titular del Poder Ejecutivo. Bani-Sadr cuestionó, en su momento, los resultados de las elecciones legislativas, pero Jomeini las juzgó equitativas. En este período el ayatola se destacó en atacar a la extrema izquierda, principalmente a los mudjahidin, que tienen una indudable repercusión popular, pero no al Partido Comunista (Tudeh), cuya gravitación política en las masas es reducida, pero que cuenta con cuadros capacitados y apoya a Jomeini. Los fedayín, después de dar su apoyo a los kurdos, optaron por una política más afín con el Tudeh.

Las dificultades económicas del régimen son enormes. La reforma agraria está paralizada y hay de 2 a 4 millones de desocupados, en una población activa de 11.5 millones. El déficit del Estado es elevado, debido a la reducción de los ingresos petroleros; las reservas internacionales no bloqueadas eran apenas de 7 000 millones de dólares antes del conflicto y existían activos internacionales por valor de 8 000 millones de dólares congelados en bancos estadounidenses. La clase media está disconforme por la reducción de su nivel de vida y los empleados públicos a menudo boicotean las tareas administrativas. A pesar de la ola de huelgas, los obreros —de la misma manera que los campesinos— apoyan el gobierno, porque —en medio de las dificultades— elevó sus ingresos y —en el caso de los campesinos— les prometió tierras. Los complotos militares y las amenazas de golpes de estado han sido constantes. Asimismo, una parte de la oficialidad parece haber estado complicada en la fracasada expedición estadounidense de Tabas, del 25 de abril pasado, encaminada a rescatar a los rehenes de la

embajada. Muchos de esos oficiales fueron arrestados y ejecutados.<sup>5</sup>

#### *La situación de Iraq*

En Iraq, la revolución de 1958 terminó con la monarquía y la influencia británica e instauró la república. Durante la monarquía, el poder estaba en manos de la oligarquía terrateniente, los jefes tribales y los políticos conservadores. La revolución terminó con el Pacto de Bagdad e hizo que el país se acercara a las naciones socialistas y al Tercer Mundo. El nuevo régimen proclamó la reforma agraria, nacionalizó a la Iraq Petroleum y estableció el control estatal sobre la industria y el comercio. A partir de la instauración de la república se desataron luchas políticas internas, casi siempre muy ligadas a los sucesos del resto del mundo árabe, que dieron lugar a alianzas inestables con Egipto y Jordania. En 1963, la lucha por el poder culminó con un golpe de estado baathista, apoyado por los comunistas. En 1968 hubo un segundo golpe de estado baathista, que acentuó la búsqueda de un papel hegemónico regional para el régimen. Este empezó a plantear una política de potencia regional, en rivalidad con Irán, a cuya expansión militar se oponía. Para tratar de contrarrestar la influencia iraní, el Gobierno buscó la manera de asegurar por su cuenta el control de la navegación en el Golfo, para lo cual, entre otras cosas, trató de ocupar unas islas pertenecientes a Kuwait, pero debió abandonar el proyecto por la presión conjunta de los soviéticos y de los otros países árabes. El carácter progresista del régimen y su renovado empuje en favor de una hegemonía regional le trajo cierto aislamiento en el mundo árabe, el cual trató de contrarrestar en 1972 firmando un tratado con la Unión Soviética.

Más tarde, el aumento del precio del petróleo le dio mayor autonomía; gracias al incremento de sus ingresos y de su capacidad de importación inició un acercamiento a Occidente, particularmente a Francia e Italia. En 1975 firmó el acuerdo con Irán que lo privó del control legal absoluto del estuario de Chatt el-Arab, aunque el control prác-

5. Véase Eric Rouleau, “Khomeini's Iran” en *Foreign Affairs*, vol. 59, núm. 1, Nueva York, otoño de 1980. Hay una versión abreviada y actualizada en Eric Rouleau, “L'offensive contre la révolution islamique en Iran”, *Le Monde Diplomatique*, París, octubre de 1980.

tico ya no existía por el desconocimiento, por parte de Irán, de la soberanía absoluta de Iraq sobre ese curso de agua. La legalización de la división de las aguas la acordó para verse libre del apoyo iraní a los rebeldes kurdos, a los que, después de dicho tratado, pudo aplastar. La derrota de los kurdos y la mayor apertura a Occidente le confirieron mayor autonomía frente a la Unión Soviética, país con el que empezó a tener serias divergencias en materia de política internacional, sobre todo en la cuestión de Etiopía, pues Iraq apoyó la rebelión eritrea. En lo que respecta al problema palestino, mantuvo una actitud de enfrentamiento al acuerdo de paz entre Egipto e Israel y encabezó el llamado Frente del Rechazo. El relativo distanciamiento con la Unión Soviética, sus mayores vínculos con Occidente y la posición de Anwar Sadat con respecto a Estados Unidos y a la política ante Israel, lo acercaron a Arabia Saudita, pero en ningún momento abdicó el régimen de sus posiciones de no alineamiento en el campo internacional.<sup>6</sup>

A mediados de 1979 murió el anciano presidente Hassan Bakr y el poder pasó a Saddam Hussein, en medio de agudas luchas políticas. El actual grupo gobernante combatió a la fracción pro-siria e izquierdista del partido Baath y sus aliados comunistas, persiguiéndolos y en algunos casos exterminando a sus direcciones; al mismo tiempo, combatió a los chiítas, a los cristianos maronitas y a la minoría nacional kurda. El objetivo era afirmar el peso del Estado iraquí en el Golfo, marchar aceleradamente hacia la constitución de una hegemonía regional y acentuar el carácter nacionalista de su política, en el sentido de que no apareciera ligada a ninguna de las dos superpotencias.

También en este período se profundizó el alejamiento con respecto a la URSS, aunque dicho giro está limitado por la dependencia de material bélico procedente de ese país. Estados Unidos, que ha seguido atentamente el cambio de actitud de Iraq, trató de acercarse al actual gobierno. Sin embargo, las autoridades iraquíes, aunque siguieron una política de precios para el petróleo que en círculos occidentales fue calificada de "razonable" y aunque han buscado una mayor vinculación con los países capita-

listas industrializados, mantuvieron su posición frente a Estados Unidos y ello parece estar condicionado a que este país cambie su actitud de apoyo a Israel en el Cercano Oriente. La máxima aspiración del actual gobierno es llegar a ser el nuevo gendarme del Golfo, pero sin asociación con las grandes potencias.

La eterna rivalidad con Irán se explica por esa aspiración. Sin embargo, Iraq teme más al Irán revolucionario que al Irán del Sha, debido a la importancia de los chiítas en el país. En su momento, para apoyar al Sha contra la rebelión en ascenso, expulsó de su territorio al ayatola Jomeini, entonces exiliado en Iraq. El triunfo de la revolución islámica en Irán y la virtual desintegración del ejército imperial convirtieron efectivamente a Iraq en la primera potencia militar del Golfo. A partir de ese momento, Iraq se orientó a buscar un cambio en la relación de fuerzas en la región.<sup>7</sup>

En el plano económico, el régimen iraquí no fue capaz de resolver el problema agrario, a pesar de los esfuerzos realizados con la reforma.

Las importaciones aumentaron y la riqueza petrolera no se tradujo en un desarrollo económico de igual magnitud, posiblemente debido al elevado gasto militar, a los graves tropiezos en la agricultura, a las arbitrariedades políticas de la burocracia y a la administración poco eficaz y apoyada en favoritismos. Los cuellos de botella son graves y obstaculizan el crecimiento.<sup>8</sup>

El trasfondo de la lucha por el poder posiblemente responda al hecho de que la fracción baathista pro-siria, desalojada de la conducción del gobierno, siguió la política de mantener a la mayor parte de la economía bajo jurisdicción estatal. La burocracia se beneficiaba con la administración del poder económico pero la propiedad seguía en manos del Estado. El grupo actualmente en el poder, que combatió a la fracción pro-siria y a los izquierdistas, parece más inclinada a favorecer el desarrollo de una

burguesía nacional a partir del poder del Estado. El capitalismo de Estado sería, en este caso, un medio para formar una burguesía nacional fuerte. Esta tendencia parece haberse acentuado últimamente.

#### *El acuerdo de Argelia*

Una vez planteadas las líneas más generales de los diversos intereses que se enfrentan en el Golfo Pérsico y que se reflejan en la conflictiva relación entre Irán e Iraq, es posible examinar las disputas más tangibles entre ambos países, que en 1975 fueron superadas mediante un tratado suscrito en Argelia, en el curso de una conferencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Los puntos en litigio allí examinados fueron tres: las diferencias de límites en el estuario de Chatt el-Arab, por un lado, y en la región central, por otro, y la ayuda iraní a la rebelión de los kurdos en Iraq.

En lo que respecta al estuario, en 1937 se firmó un tratado que fijó la frontera en la margen oriental del río, favoreciendo a Iraq, que de esa manera ejercería la soberanía sobre la totalidad del curso de agua. En 1969, Irán denunció unilateralmente el tratado de 1937. En el tratado de 1975 se dejó establecido que la frontera correría por el medio del río, lo que favoreció la posición iraní.

Antes de llegar al tratado de 1937, que se firmó por sugerencia del Consejo de la Liga de las Naciones, Iraq sostuvo la tesis de la frontera oriental porque su puerto principal está ubicado 150 kilómetros hacia adentro de la desembocadura del estuario, que es prácticamente su único punto de contacto con el Golfo Pérsico, ya que sus costas sobre el Golfo son pequeñas. Esta circunstancia hizo que Iraq reclamara, por una cuestión de seguridad, el dominio completo del río. Irán aducía que el tratado de 1937 era de inspiración británica y bregaba por un nuevo tratado que fijara la frontera en el canal principal, que pasa aproximadamente por el medio del río. Para Irán, el estuario es de gran importancia porque sobre su orilla oriental o izquierda está el puerto de Jorramshahr y la refinería de Abadán. En 1969, cuando Irán denunció unilateralmente el tratado de 1937, y en 1971, cuando ocupó las islas del Estrecho de Ormuz, Iraq tomó represalias contra la numerosa comunidad

7. Véase Jean Gueyras, "L'Irak des grandes ambitions", II, en *Le Monde*, París, 21 y 22 de septiembre de 1980.

8. Véase Edith y E.F. Penrose, *Iraq, International relations and national development*, Ernest Ben, Col. Nations of the Modern World, Londres, 1978.

6. Véase Naila Sabra, *op. cit.*

chiíta iraní que vive en Iraq. Este país siempre temió que la comunidad chiíta iraní se uniera con la importante minoría chiíta iraquí, de indudable influencia en el país.

La frontera central fue, por su parte, una cuestión conflictiva de larga data, que se remonta a las diferencias de límites entre el imperio persa y el otomano. En 1913 se fijó la frontera, bajo la presión de Gran Bretaña y Rusia, pero las comisiones nunca terminaron la tarea de demarcación y ello dio lugar a múltiples incidentes. En 1973 y 1974 los litigios se recrudecieron e intervino el Consejo de Seguridad de la ONU. La ONU designó al embajador de México como su representante y éste descubrió que los incidentes se originaban en mapas con distinto trazado de las fronteras, con lo que logró, por parte de ambos países, un acuerdo para el arreglo global de las cuestiones fronterizas. No obstante, las negociaciones se paralizaron por la cuestión de los kurdos.

Los kurdos luchan tanto en Irán como en Iraq por obtener mayor autonomía. En Iraq viven alrededor de 1.5 millones de ellos que periódicamente llevan a cabo rebeliones que hasta hace poco contaban con la ayuda de Irán y la simpatía soviética. El auxilio iraní a los kurdos fue siempre un instrumento de hostigamiento contra Iraq, ya que Irán no deseaba el establecimiento en la región de un Estado kurdo, por las consecuencias explosivas que ello tendría sobre el millón de kurdos que viven en Irán. Por su parte, la Unión Soviética perdió interés en los kurdos cuando, en 1961, estableció estrechos vínculos militares con los iraquíes. Iraq, por su lado, teme la posibilidad de una secesión kurda, a la que ve como un grave peligro que podría implicar la disolución del Estado iraquí. En 1974 hubo una lucha generalizada entre el Gobierno de Iraq y la minoría kurda asentada en su territorio, que contó, como de costumbre, con la ayuda iraní. Iraq lanzó una campaña entre los estados árabes para que éstos presionaran a Irán a abandonar a los kurdos.

Egipto instó al Sha a solucionar sus problemas con Iraq, involucrando las cuestiones de límites con el problema kurdo. El interés de los árabes en terminar con las graves diferencias entre Irán e Iraq se debía a que temían una guerra entre ambos países, la que, en caso de

desatarse, debilitaría a la OPEP y a sus ingresos petroleros, acentuaría la influencia regional de las superpotencias y fortalecería a Israel. Finalmente, la mediación fue encarada por Argelia y el 6 de marzo de 1975 Irán e Iraq anunciaron la solución de sus diferencias por medio de un tratado. Este determinó que la frontera pasaría, en Chatt el-Arab, por el medio del canal principal y se convino el cese de la ayuda iraní a los kurdos. En realidad, el arreglo consistió en un intercambio de concesiones: Irán ganó en la cuestión de Chatt el-Arab, a cambio de cesar su ayuda a los kurdos. Apenas se emitió el comunicado del arreglo, Iraq lanzó una ofensiva que derrotó a la rebelión kurda. Allanadas estas cuestiones no fue difícil proceder a la demarcación de la frontera central.<sup>9</sup>

#### *La situación de Arabia Saudita*

El reino de Arabia Saudita se consolidó en 1933 por su asociación con la American Arabian Oil Co. (Aramco). A principios de 1960, ante el avance del nasserismo y el temor a la expansión de la guerra civil de Yemen, Feisal sustituyó al régimen corrupto del rey Saud, con apoyo estadounidense. El cambio político parecía un paso necesario para promover el desarrollo capitalista y frenar la influencia soviética en la región. Debido al retiro británico de los estados meridionales de la península, Arabia Saudita aceptó la virtual tutoría militar iraní y se dedicó a preservar, con más cuidado que nunca, las sociedades atrasadas, patriarcales y tribales del Golfo. En ese entonces, el mayor peligro regional para los sauditas era el régimen baathista iraquí, que hacía propaganda contra los regímenes árabes tradicionales, apoyando a Yemen del Sur y a la rebelión de Dhofar, en Omán. Los iraquíes se apoyaban en la URSS y combatían la influencia estadounidense en la región.

El aumento de los precios del petróleo convirtió a Arabia Saudita en una potencia financiera. El interés de la cerrada clase dominante de este país por invertir sus excedentes petroleros en títulos estadounidenses y depósitos en los bancos occidentales la llevaron a promover el acercamiento árabe con

Estados Unidos, a pesar del apoyo de este país a Israel, y a llevar adelante una estrategia destinada a contener los aumentos del precio del petróleo en las discusiones de la OPEP y a elevar su producción de crudo, para afianzar su posición sobre los precios con una mayor oferta. La estrecha relación con Estados Unidos se acentuó a partir del asesinato del rey Feisal, en 1975. La inversión de los excedentes petroleros sauditas y las grandes importaciones favorecieron el crecimiento de algunos rubros de la economía (la petroquímica, entre ellos) y aseguraron la protección política y militar de Estados Unidos. Sin embargo, la ayuda militar estadounidense no puede modificar la situación relativamente secundaria, en ese plano, de Arabia Saudita y, por consiguiente, la primacía iraní. En lo que atañe al conflicto iraní-iraquí, la posición saudita consistió en favorecer el arreglo y alejar a Iraq de la influencia soviética. Producida la Revolución islámica y el mayor distanciamiento entre Iraq y la Unión Soviética, Arabia Saudita adoptó una actitud más complaciente hacia el actual régimen baathista.

La situación política interna de Arabia Saudita es bastante menos estable de lo que habitualmente se supone. El dominio de la actual clase gobernante está asentada en múltiples disputas internas y en no menos numerosas amenazas de golpes de estado. La más reciente fue el asalto a la principal mezquita de La Meca, que el régimen se cuidó de presentar exclusivamente como un complot externo. Las intrigas en la corte y las duras luchas internas, silenciadas por la monarquía, lo debilitan políticamente y le hacen ver con una muy especial preocupación a los regímenes progresistas y revolucionarios de la región, a los que trata de combatir por todos los medios, ya sea mediante su neutralización o por medio de la lucha militar. Por este motivo Arabia Saudita promueve la intervención estadounidense en la región y su política es la más conservadora del área.

#### *Las grandes potencias*

Los intereses de Estados Unidos en el Golfo Pérsico se afirmaron, hasta la caída del Sha, en Irán y Arabia Saudita. Esos intereses pueden resumirse en la necesidad económica, política y militar de disponer de una parte del petróleo

9. Véase Robert D. Tomasek, "Algunos antecedentes del conflicto en el Golfo Pérsico", en *Comercio Exterior*, vol. 30, num. 9, México, septiembre de 1980, pp. 990-1003.

del Golfo y de asegurar el suministro para sus aliados. En un plano estrictamente económico, la producción regional de crudo posibilita las enormes inversiones de las compañías petroleras en la industria del Golfo y le aseguran el control del mercado mundial del petróleo. Además, para la economía estadounidense es imprescindible contar con la recirculación de los petrodólares del Golfo mediante la inversión de estos fondos en títulos, en depósitos bancarios y en grandes empresas transnacionales.

Europa Occidental y Japón reciben del Golfo Pérsico la mayor parte del petróleo que consumen. Este podría ser el punto principal de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética en esta región, ya que quien ejerza el mayor control sobre el Golfo puede presionar a estos países, que constituyen la pieza clave de la alianza occidental y, a la vez, son el mercado de mayor rentabilidad para las empresas petroleras estadounidenses, mientras que representan, al mismo tiempo, una fuente importantísima de aprovisionamiento de tecnología para la Unión Soviética.

Desde los años cincuenta Estados Unidos promovió alianzas militares regionales y después de la guerra árabe-israelí de 1967, cuando declinó la presencia británica, su acción se intensificó y se concentró, sobre todo, en Arabia Saudita e Irán. Cuando los proyectiles nucleares redujeron la importancia de las bases en el lugar y la intervención en Vietnam aconsejó la búsqueda de potencias intermediarias que administraran localmente los intereses de Estados Unidos, este país aceptó que ese papel fuera cumplido por las naciones más capacitadas militarmente del área. Hasta el advenimiento de Jomeini, Irán fue el intermediario preferido. En la actualidad, Estados Unidos ha debido replantear su estrategia regional, pero aún no existe un lineamiento definitivo, en tanto realiza gestiones de todo tipo para volcar a su favor la nueva y cambiante relación de fuerzas del Golfo Pérsico. La delegación de la defensa de sus intereses en los grandes países de la región no es, por supuesto, completa. La prueba de ello es que inmediatamente después de las primeras grandes alzas del precio del petróleo, Estados Unidos aumentó su presencia naval directa en el Océano Índico, en donde también estableció la base aérea y naval de Diego García.

Apenas en los últimos años del decenio de los cincuenta acrecentó la Unión Soviética su interés directo en el Golfo Pérsico. Su primer aliado fue Egipto. Más tarde apoyó la revolución iraquí de 1958 y la de Yemen del Sur. Las guerras entre árabes e israelíes tuvieron generalmente dos consecuencias contradictorias: por un lado, incrementaron la influencia de los regímenes conservadores de la región, en la medida en que ellos, presumiblemente, podían limitar el apoyo estadounidense a Israel. Por otro lado, favorecieron la influencia soviética, porque este país fue consecuente en el apoyo a los árabes y el rechazo a Israel, mientras que Estados Unidos siempre utilizó su poder en favor de Israel. La Unión Soviética se vio favorecida con la caída del Sha y con la posición árabe en contra de Sadat y del acuerdo surgido de Campo David, pero la intervención en Afganistán y su apoyo al Estado etíope contra Eritrea y Somalia también han debilitado su imagen en la región. Europa Occidental, por su parte, frente a la complejidad que están adquiriendo las relaciones en el Golfo y ante el peligro de un acentuamiento de la rivalidad entre las superpotencias, trata por todos los medios de establecer una relación más directa con los productores de crudo de la región.<sup>10</sup>

#### *La guerra*

El 17 de septiembre pasado, Iraq denunció el acuerdo de Argel y restableció su soberanía sobre el estuario de Chatt el-Arab, lo que dio lugar a acciones armadas entre ambos países. El 23 de septiembre, las fuerzas iraquíes invadieron Irán, "en respuesta a la decisión iraní de paralizar el tráfico marítimo en el estrecho de Ormuz", por donde pasa de 40 a 50 por ciento del crudo comercializado en el mundo. En realidad, Irán había amenazado con cerrar el estrecho en caso de una intervención extranjera directa en favor de Iraq, pero en todo momento dejó establecida su voluntad de mantener libre la navegación.

Desde el primer momento, Estados Unidos y la Unión Soviética lanzaron llamados a la calma y se abstuvieron de intervenir. Arabia Saudita, Marruecos, Jordania y Kuwait se manifestaron a favor de Iraq, mientras que Libia y Siria

se pronunciaron en favor de Irán. El 26 de septiembre fracasó una misión de "buena voluntad" encargada por la Conferencia Islámica al general Zia Ul Hak, jefe de Estado de Paquistán, y dos días después el Consejo de Seguridad de la ONU exigió a los beligerantes que se abstuvieran de nuevos empleos de la fuerza. Iraq aceptó el cese del fuego inmediato, pero Irán rehusó cualquier negociación o mediación sin un previo retiro iraquí del territorio ocupado.

El propósito de Iraq fue utilizar el problema de la frontera para invadir la región petrolera de Irán y ocasionar enormes dificultades económicas a este país. Esa ventaja obtenida por las armas sería luego negociada para obtener la vuelta al control de Chatt el-Arab y el reconocimiento de su potencial militar, que le permitiría conseguir el predominio político en la región y el *status* de gendarme del Golfo. Al mismo tiempo, la invasión iraquí buscó aprovecharse del aislamiento de Irán y de las enormes dificultades que afronta la Revolución, para propiciar la caída de Jomeini, lo que le acarrearía la buena voluntad de la mayor parte de los gobiernos conservadores y moderados del mundo árabe y eliminaría el peligro de la extensión de la Revolución, tanto hacia las monarquías atrasadas como hacia los países más progresistas, los cuales, a pesar de la riqueza petrolera, no fueron capaces de provocar un desarrollo económico que eliminara los más graves problemas sociales de la región.

Los dirigentes iraquíes pensaron que derrotarían a Irán en una guerra relámpago, contando con la neutralidad de las superpotencias, de la OPEP y del Tercer Mundo y con el apoyo directo o encubierto de la mayoría de los gobiernos árabes. Sin embargo, no contaron con la capacidad de resistencia de Irán. Al fracasar en sus expectativas de victoria inmediata, la posición política, militar y diplomática de Iraq tenderá a debilitarse. Contrariamente a lo que imaginaban sus dirigentes, el conflicto le ha quitado las posibilidades de proponerse como potencia regional rectora y gendarme del Golfo, porque los daños económicos de la guerra han sido enormes y terminarán aumentando su dependencia. No es extraño, por ello, que la cuestión desemboque en un cuestionamiento de la conducción política y que la posición del presidente Saddam Hussein se debilita.

10. Véase Naila Sabra, *op. cit.*

Para Estados Unidos ha llegado la gran oportunidad de reconstruir su poder en la región. Con la excusa de mantener la seguridad de la navegación, aumentará su presencia militar en el Golfo. Israel, por su parte, parece haber aprovechado la confusión para bombardear por su cuenta el centro nuclear iraquí de Tamuz, retardando los planes atómicos de ese país en dos o tres años, aunque la acción del misterioso y anónimo bombardeo fue desmentida oficialmente por las autoridades judías.<sup>11</sup>

A mediados de octubre, la posición de "neutralidad" de Estados Unidos parecía estar modificándose. El gobierno de Carter acusó a Iraq de ser un país invasor y dijo que Estados Unidos estaba interesado en la seguridad nacional y la integridad de Irán.

La confusión producida por las posiciones contradictorias de los beligerantes, las superpotencias y los demás países de la región, se explica por la multiplicidad de relaciones y diferencias que entraña el conflicto. Estados Unidos quiere aprovechar la guerra para fomentar un golpe contrarrevolucionario en Irán. Sin embargo, esa actitud no lo coloca abiertamente en favor de Iraq. Iraq es un país que ha sabido mantener una posición independiente en el Golfo y, por tanto, no es un aliado incondicional para nadie, y menos para las superpotencias. Irán acusó a Estados Unidos de alentar a Iraq en el conflicto. Es posible que eso sea cierto, pero en la medida en que la guerra se prolonga y no sirve para derrocar al régimen de Jomeini, Estados Unidos está explotando la necesidad de Irán de abastecer su ejército para defenderse de la invasión. En ese sentido, el fortalecimiento del ejército traerá aparejado el reforzamiento de los sectores moderados y negociadores de Irán, provocando a la vez la declinación de la influencia de la Revolución islámica y de Jomeini. Es posible conjeturar, también por ese motivo, que la "estabilización" del Golfo, desde el punto de vista de los intereses estadounidenses, puede llegar por medio del fortalecimiento militar de Irán.

Por otro lado, el fracaso de Iraq para hacer culminar exitosamente su ofensiva

relámpago puede terminar cuestionando al régimen actual y acrecentando la influencia de la izquierda. El régimen actual tiende a utilizar el capitalismo de Estado para crear las bases de un capitalismo privado. Por ese motivo, Estados Unidos miraba con simpatía la evolución de los acontecimientos en Iraq. Empero, el desastre económico que acarreará la guerra, la frustración militar y la reconocida posición independiente del país pueden llevar, a su vez, a un nuevo auge de las tendencias izquierdistas desplazadas y a una mayor dependencia de la Unión Soviética. Esto es lo que los árabes —en primer lugar Arabia Saudita— tratan de evitar con su apoyo actual a Iraq, cuyo objetivo principal fue, en un principio, terminar con el privilegio militar de Irán. Por último, es posible que, dada la evolución de los acontecimientos, Estados Unidos prefiera recomponer su relación militar con Irán antes de contar con un nuevo gendarme cuyas reacciones políticas pueden resultar inesperadas. En ello puede influir la conveniencia de asociarse con una nación no árabe del mundo musulmán, y no directamente con un país árabe, porque en este caso la alianza sería con un socio de gran poder económico y de mayores posibilidades estratégicas de independencia. Claro que, para que esa opción sea posible, es necesario un Irán en el que el ejército haya recuperado su prestigio y en el que los mullahs y el ayatola Jomeini hayan sido relegados a funciones más acordes con su investidura religiosa.

La sociedad iraní, tras la aparente aceptación global de la Revolución islámica, está profundamente dividida. Es posible que la mayor parte del pueblo siga apoyando a Jomeini, pero la burguesía y los políticos moderados están dispuestos a sacárselo de encima. Para ello explotarán sus errores. La negociación sobre los rehenes estadounidenses puede servir ahora para el ofrecimiento de armas para contener la agresión iraquí. Indudablemente, los cautivos no serán en este caso más que el instrumento que permitirá a Estados Unidos recuperar sus posiciones en el país. La operación no será fácil, pero no hay duda de que se ha puesto en marcha.

La fluidez de la situación hace que también la Unión Soviética tenga un pie puesto en cada lado. El apoyo incondicional a Iraq, coherente con su posición en el área durante más de veinte

años, dañaría la influencia de Jomeini y de su movimiento indiscutiblemente anti-imperialista, pero ya se sabe que la Unión Soviética nunca pudo obtener lo que quiso de Iraq. Por otra parte, si la guerra debilita a Jomeini y se vuelve a instalar en Teherán un gobierno pro-estadounidense, la falta de apoyo a Iraq en un momento crucial dejaría a la Unión Soviética con muy pocos aliados en la región.

De cualquier manera, la guerra debilitará enormemente a Irán e Iraq, aumentando su dependencia económica y limitando sus reivindicaciones políticas. A la vez, el descenso de la producción petrolera regional aumentará la gravitación de Arabia Saudita, dará ventajas económicas a las empresas petroleras por el aumento de los precios y generará nuevas presiones sobre los demás países productores para que extraigan más crudo, aunque ese propósito no resulte coherente con una programación económica interna racional. Otro país beneficiado con el conflicto será Israel, que contempla complacido el duelo de dos de sus mayores adversarios. En contrapartida, los palestinos sufrirán serias consecuencias políticas y la OPEP verá disminuida su a veces precaria homogeneidad y su autoridad política. El drama de esta guerra regional está claro: arruinará a los pueblos involucrados directamente en ella, acentuará aún más el peso de la crisis económica internacional y agregará una amenaza muy grave al ya precario equilibrio militar entre las dos superpotencias.<sup>12</sup> □

12. Además de los artículos mencionados con anterioridad, la elaboración de esta nota se apoyó en los siguientes artículos: "OPEC and the Shatt al-Arab" y "Prospects for a long war", en *Arab Report & Memo*, Beirut, 22 de septiembre y 13 de octubre de 1980; René Backmann, "Drole de guerre dans les sables", en *Le Nouvel Observateur*, París, 6 de octubre de 1980; "The war in the oil fields", "Fighting to a standstill" y "The gulf war: rising risks", en *Newsweek*, Nueva York, 6, 13 y 20 de octubre de 1980; "Blood in the oil" y "It all goes back to AD 637", en *The Economist*, Londres, 27 de septiembre de 1980; "A threat to Khomeini's regime", en *New Statesman*, Londres, 24 de septiembre de 1980; Guillermo Almeyra, "Iran-Irak, clave de una guerra", en *Crítica Política*, México, 14 de octubre de 1980, y Ennio Polito, "I grandi di la terra e i giganti del petrolio", en *Rinascita*, Roma, 3 de octubre de 1980. También se utilizaron las ediciones diarias de los periódicos *Le Monde*, de París; *The New York Times*, de Nueva York; *Financial Times*, de Londres, y *Excelsior* y *Uno más Uno*, de México.

11. Véase "Qui a bombardé Tamuz?", en *Le Nouvel Observateur*, París, 6 de octubre de 1980.